

jorge velasco machenzie

DOS NOVELAS DESDE EL MARGEN

TAMBORES PARA UNA CANCIÓN PERDIDA
EL LADRÓN DE LEVITA

2022

Dos novelas desde el margen

Tambores para una canción perdida, 1986

El ladrón de levita, 1990

© Jorge Velasco Mackenzie

Edición y diseño: Fondo Editorial CCE

Primera Edición-CCE-2022

ISBN: 978-9942-340870



Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión

Dirección de Publicaciones

Avs. Seis de Diciembre N16-224 y Patria

Telfs.: 2 527440 Ext.:138/213

www.casadelacultura.gob.ec

Quito-Ecuador

colección **LETRAS**
CLAVES



Quito-Ecuador

UNA ETERNA DEUDA

QUE OTROS HABLEN de la obra y de la literatura que inventó Jorge Velasco Mackenzie. Yo hablaré del amor que Velasquenzie —como lo llamamos quienes más cerca estuvimos— compartió por el arte de leer y escribir. «Me parece tan largo este viaje que creo que podré rememorar toda mi vida», dice el protagonista del libro *El ladrón de levita*. Tomo esta idea para recordar que la historia, la vida literaria del Ecuador siempre estará incompleta sin Velasco Mackenzie. Será una deuda eterna por la manera poco amable en que dejó este mundo.

Nos conocimos por 1988 o 1989 en su taller de escritura de la Casa de la Cultura de Guayaquil, en el cual también daba clases Mario Campaña. Fue un encuentro terrible para él, porque yo era un pésimo lector y en realidad no tenía idea de lo que significaba escribir con algo de calidad; y fabuloso para mí porque sin Velasquenzie, hoy no sería la persona ni el escritor en que me convertí. Más allá de consideraciones formales, exageraciones y cualquier otra banalidad que se pueda decir, Velasco fue un maestro incondicional, generoso y determinante para muchos quienes compartimos sus palabras y pasamos por sus talleres.

Ahora puedo llamar privilegio al hecho de haber disfrutado de sus clases, y luego de ser su alumno, convertirme en su amigo. El amor se hizo patente desde la primera vez en que me habló de Walt Whitman, Emily Dickinson, Pablo Palacio, Jorge Enrique Adoum, Clarice Lispector, Edgar Allan Poe, Ileana Espinel, Horacio Quiroga, Louis Ferdinand Céline, Hugo Mayo, Isaac Babel, Antón

Chéjov, Jean Genet, Antonio Cisneros, T. S. Eliot, José Saramago y tantos escritores que luego se convirtieron en imprescindibles para mí. Sin duda, Velasco era feliz cuando hablaba de ellos —sobre todo de Carlos Fuentes—, como si fueran sus amigos, como si compartiera con ellos cada fin de semana como hacía con sus queridos alumnos. Me invitó a su casa, me ofreció su biblioteca, me regaló libros, compartí con su familia. Crecí con sus críticas y feroces palabras que luego sirvieron para crear mi propio estilo y personalidad en la escritura.

En 2003 lo entrevisté para diario *El Universo* por la publicación de su libro *Río de sombras*. Entonces dijo: «Algo que los escritores ecuatorianos contemporáneos jóvenes han abandonado es la poesía. Eso para mí es fatal. Me considero un gran lector de poesía, incluso me atrevo a decir que soy mejor lector de poesía que lector de prosa. Me gusta la gran poesía anglosajona, la gran poesía latinoamericana. Los escritores actuales no leen poesía. Yo he hablado con ellos y en su literatura se les ve. Porque notas el ritmo, ahí aparece un ritmo inconsciente. Si lees poesía aparece un ritmo que te persigue, el ritmo de la poesía».

Ese ritmo está en su libro *Tambores para una canción perdida*, aquí narra la desventura de un hombre negro que huye en busca de los pedazos rotos de su canción. Es una metáfora, una historia inconclusa en la cual convergen muchas voces, muchos tonos que intentan construir una fantasía, un país que nombraron Ecuador, una ilusión... Quizá es un despropósito lo que escribo, pero entonces vuelve la frase de Lewis Carroll en boca de Velasco: «Imaginar la llama de una vela pero cuando ya está apagada», pienso que esa imagen se podría usar para ilustrar lo que somos en Ecuador. Velasco Mackenzie lo sabía: no hay melodía que sirva, es imposible juntar los trozos de nuestra canción. La deuda sigue. Es eterna.

Francisco Santana

TAMBORES PARA UNA CANCIÓN PERDIDA

1986

*Y no había lágrimas en nuestros ojos ni pesadumbre
alguna en nuestros corazones, porque dentro de aquel
ataúd sencillo (cuatro tablitas frágiles) nos parecía
llevar, no la pesada carne de un hombre muerto, sino la
materia leve de un poema concluido.*

Leopoldo Marechal, en *Adán Buenosayres*

UNO

CUENTO LO QUE el cantador no recordó al momento de su muerte. Cerrada su boca para siempre, ya no pudo decir si fue hambre o rabia la causa de su fuga. Seguro que no fue el hambre. En la casa de la colina servía abundantes carnes para la Damiana, aves para la dieta del capitán Manda, y para su boca hojas de lechuga, requesones tiernos y sobras de los dos platos; comía con la mirada puesta al fondo de los guisos, a las burbujas del primer hervor, al vapor del último. No fue el hambre. ¿Fue la rabia? Damiana, tosca y verrugosa lo delató cuando fugaba. ¡Escapel!, ¡escapel!, gritó al verlo correr colina abajo, saltar el pozo y hacerse noche, oscuridad, como en los tiempos de la primera huida, cuando olvidado por la libertad de vientres sacó la cabeza al mundo.

Fue en la provincia, un año bisiesto; el padre sufría los dolores de la madre, se revolcaba en la tierra húmeda víctima de un ay de lodo. ¿Quién arrastró su cuerpo fuera del otro cuerpo? La luz que rebotó contra su cuerpo ¿quién la encendió? El Cantador no lloró cuando lo nalguearon, entonó su primer canto, un tono agudo que Juan Pío, el padre, quiso seguir con palmas desde el suelo, grabarse en la sangre el ritmo pero lo olvidó; ni la madre pudo; abierta de piernas dormía el esfuerzo de los pujos, los llantos, los rumores de su vientre ya vacío de culpas y debilidades. Pero si no fue el padre ¿quién? Yo que lo cuento ahora. Y, ¿quién soy yo? El Cantador ya no me oía cuando se lo dije, por eso me nombro Iris, como antes fui Arco, Ochumare, el dueño de su primeriza luz, el que le quitó la última.

Alguna mano abrió sus ojos para la fuga, le dijo Damiana al Manda mientras encendía una vela en la barraca del Cantador. Supo por las marcas que había en las paredes del tiempo vivido, de tiempo por venir, que es este que cuento. Iris, gritó él mirando los cielos, las lunas llenas y vacías en el cuarto creciente. Mande, contesté yo atrás suyo, evitando las miradas de Damiana, la dama de las verrugas. Tú, dijo, solamente tú sabes de esto, qué significa roja, esta azul, esta estrella rota en las puntas, dilo.

Le dije, es el rojo que pintaste en su espalda con veinte azotes, es el azul del cielo que nunca vio, es la buena estrella que lleva en la frente.

Mentiras, dijo Damiana, ella miente cada vez que abre la boca, ella detiene las verdades con los dientes y calla si le piden lo cierto.

Yo que lo traje al mundo, yo que cuando fui Arco lo saqué del encierro y canté, y corté cantando su cordón vital, como si fuera el cordón del Orilé, le respondí que el Cantador no tuvo verdades tuyas que no fueran mías, que no había modo de atraparlo sino dejándolo libre.

Libertad, mala palabra en la casa del Manda, dijo Damiana. Un silencio espeso se suspendió en el aire; las dos, yo, como Iris, esperábamos la voz mandona, pero él hizo silencio, se acercó a la pared y leyó: ...Orunla Yo, hijo de Otábala y Yemur, por la gracia de Olorum-dios llego, veo, oigo y digo..., apartándose recordó en voz alta:

Doce esclavos traje de mi excursión por la provincia, doce porque no quise más, cuatro mozas mujeres y ocho negros varones, entre ellos José Margarito, el Cantador, como ustedes lo llaman. Las mozas fueron muriendo de preñez, porque, como dicen, hijo de blanco malea vientre de negra. Los varones pescaron escorbuto y las bombas se les enrojecieron tanto que un día amanecieron muertos. Margarito se quedó solo en esta casa. Lo bauticé con ese nombre cuando un cura pasó por la mina, le di mujer porque siempre andaba espiondo a mis blancas desnudas. Cuando vino la contribución de los tres pesos y los cuatro reales, pagué por él, pese a la excepción que había para indios y esclavos. Yo juré protegerlo de todo, siempre que me fuera fiel y servidor. Del Cantador nunca pensé que fugara, lo llevé conmigo en un viaje difícil a la capital. Margarito me velaba

el sueño, yo abría los ojos y lo veía, sentado, despierto mientras sostenía el arma con las dos manos. Cuando me dijeron de su relación con la bruja Lupina no lo creía, no pude creer que alguien tan fiel se me convirtiera en brujo de un momento a otro. Pero, ya ven, mal pago para el que bien obra; mejor lo hubiera dejado pidiendo limosnas en la iglesia de Atacames o haciendo de aguatero en el barrio caliente. De todo lo protegí, esta misma Damiana me lo pedía en las noches para calentarse la espalda, pero yo temí que lo conquistara, que la vieja le echara sus polvos embobándolo; le dije no, cuando debía haber dicho sí. Fui transitando con él por los plantíos y las veredas, segurísimo de que podía llamarlo en las noches más avanzadas para que viniera a rascarme la espalda, para que me trajera leche de la vaca loca, todo hasta hoy que desperté gritando; ¡Margarito! ¡Margarito!, ¿dónde estás?

Hasta parece verdad, dije como Iris, hasta te creo, pensé como Arco, Ochumare; y la Damiana clavó su uña en el centro de la verruga, pintó con esa sangre la luna llena y salió de allí. Nos quedamos solos el Manda y yo, mentiría si dijera que no sentí miedo, que no tuve otros recuerdos que no fueran estos que voy a contar.

Despacio, despacio, me pidió el capitán cuando comencé. Sentado al filo del catre, se descalzó y tiró las botas al suelo, se abrazó a los jirones que todavía tenían el olor del Cantador.

Dicen que fue hijo de la hija de Illescas, empecé, que aquel que se revolcaba en el suelo, cuando yo como Arco lo ayudé a nacer, no era su padre, que su padre fue Gonzalo de Ávila, el náufrago portugués que más tarde mataría al viejo para quedarse de jefe; por eso la madre, María, se lo llevó en fuga cuando yo a la fuerza le di la luz. Ellos dejaron el pidí y yo me transformé en Iris, me acerqué al De Ávila y le parí dos hijos que lo mataron. Mi cuerpo lo iba secando, cada vez que él se metía adentro yo encendía el fuego que lo abrasaba. Negra, recuerdo que me decía en su media lengua de náufrago, por qué no eres como la otra, mi María, la el primer hijo y salió en quema. Yo, en realidad, era Arco, pero fui Iris para matarlo con mi sangre ardiente, como la diosa Ochumare de quien llevo el nombre verdadero, nuestra señora de la Esperanza, que es también dios del arcoiris.

El Manda escuchaba absorto, todavía envuelto en los jirones del Cantador, preguntó: ¿Cuántos años tiene entonces Margarito? Muchos le contesté, él se ha parido y se ha engendrado a sí mismo veinte veces, otras tantas ha muerto pero ha renacido. Mientes, dijo él, envuelto en una cólera que nadie ha visto, después se puso de pie, avanzó hasta la puerta y abriéndola gritó te alcanzaré.

El grito espantó a los caranchos y los cuervos. Dentro del pozo que había saltado el Cantador, los chalacos y los sapos sintieron que las ondas provocadas por las piedras que rodaban, jodían el agua. Rocas brutas, envueltas en una lama verde corrían colina abajo. ¿También lo perseguían?, ¿también iban tras el cuerpo en fuga? La voz, convertida en eco, estaba suspendida en el aire, golpeaba la corteza de los árboles, se elevaba hasta las copas donde los nidos de los pájaros se sacudían peligrosamente. Abajo, entre las hojas de cualquier plantita inútil, la voz del Manda era un trueno que las doblegaba sin pena. A lo lejos se perdía en un hilo tenue que, sin embargo, avisó a los perros de presa preparándolos para la persecución.

Yo me escapé una noche que el capitán Manda estaba dormido, metido de cabeza en una soñera llena de mujeres desnudas y bestias de carga. Salté por la ventana que da al pastizal y corrí hacia abajo; desde la poza grande contemplé un rato la casa de la colina y empecé a caminar. Sabía que el Manda iba a despertar gritando el nombre con que me bautizó, que me buscaría por todo el caserón hasta no hallarme; entonces diría furioso dónde estás, y daría las instrucciones para atraparme vivo. Mas el vivo vive del tonto, pensé yo, trayendo a mi camino las palabras del abuelo Arakén y cambié la caminata por una corrida; las patas, los pies como dicen que debe decirse, se me partieron de tanto andar sobre piedras, pero no lo sentí. Vi la caída del sol como una pelota de fuego sobre el horizonte y me asusté tanto; en el caserón al Manda le gustaba que durmiéramos temprano para estar despiertos al amanecer. Por esa costumbre me detuve justo antes de cruzar un riachuelo.

Me escondí en una selvita de bejucos y yerbas y me quedé dormido. A lo lejos, antes de cerrar los ojos, vi el humo de mis perseguidores y pegando la oreja a la tierra pude oír lo que hablaban de mí:

Yo lo vi al Cantador, decía la bruja Lupina, lo vi emprender la carrerísima hasta la loma baja, señor, lo vi perderse en el monte-río para siempre. Pero antes sepa que el curioso mío me llevó a espiarlo una mañana que usted todavía dormía y lo vi al Cantador poniendo pepa en el ojal de su puerta, espiando el sueño suyo, como si usted fuera una moza que durmiera desnuda. O sea que lo que hizo lo tenía pensado, se le metió en el cogote rudo lo de la huida, malandro el negro, después de todo lo bien que usted lo ha tratado, dándole nombre de gente, una mujer para que tocara en las noches y a la que bautizó con el nombre extraño de Pan de los pobres; yo malicié de eso, pero usted no quiso oírme, ahora mírelo huido, fugado, como si poco real le hubiera costado a su fajín. En esta casa no va a haber quien haga la olla, nadie aprendió sus mañas de cocina, ni yo que lo miraba mover las manos cortando cebollas, ajíes, aguacates, usted y todos se pondrán anémicos lo juro señor, por eso le pido búsquelo, atrápelo, córtele las patas, engríllelo en la cocina y démelo a mí que lo quiero tanto.

Me incorporé pensando que el Manda ya le habría contado a Iris la historia falsa de sus ocho esclavos; de los siete que se murieron, del único que sobrevivió. Mentiras, a mí me reclutó el general Otamendi cuando estaba en la lucha de La Elvira, ahí conocí al Manda que vivía enfermo de la vejiga. Lo veo todo flaco y hambriento, merodeando mi cocina desde donde le julé los perros que entonces me obedecían, pero como decía Arakén: el hambre es necia cuando es hambre; él se paraba afuera para que le tirara patas de pollo, papas y pichones enteros. Yo le veía el hambre y me convencía. Entonces no tenía casa ni hacienda, eso sí, luchaba duro, con el brazo adelantado, como decía el general que a poco de eso había recibido una carta de la capital en la que le anunciaban que si resistía una semana alguien saldría para allá con dos estrellas brillantes para adornar sus hombros. Después de la funesta de Jado y Oreñana, el capitán Manda dijo que se retiraba, el general Otamendi le regaló la casa de la colina y le pidió que le cuidara los

veinte presos que tenía en el retén de La Elvira. El Manda dijo bien y enseguida me señaló a mí, a la Iris, que entonces era Arco, y a la bruja Lupina. Yo iba como esclavo para la cocina, la Iris para la casa y la bruja Lupina para la cama porque a más de bruja era hermosa y vivía joven. Tuvieron que amarrarme a una carreta porque ese hombre de vejiga inflada nunca me inspiró respeto. Cuando llegamos hasta donde yo estaba ayer, el capitán Manda puso a trabajar a los presos en una mina y a mí me engrilló a la cocina como ahora lo pide la bruja. Tan gordo lo puse en doce días de olla que tuvo que aprender a comer poco, la vejiga le filtraba la arenilla y caía envuelto en terribles dolores; a punta de agua de piedras y ramas secas lo curé por un tiempo. Así lo conocí, en pleno sitio de La Elvira, nunca me dio un nombre decente, sino ese apodo que el cura Trespalacios se negaba a ponerme; al final lo convenció y me llamó Margarito, José Margarito, para servirle a usted y a él, me hizo decir. Lo de la jeba Pan de los pobres es otro cuento, la negra se me acercó cuando cumplió los quince, cerrada como una concha y desde entonces... nada, que me la dio por el morbo, yo la vi a ella desnuda en su cama y la convencí para que se viniera a la mía. Todo eso lo pude recordar porque seguía oculto en el monte, la noche me había avivado la imaginación y tenía ganas de seguir escuchando. Por segunda vez puse la oreja en la tierra y oí a mi amada Pan de los pobres que me decía llorando:

Ya finaron a tu abuelo Arakén de puras tiradas de lengua para sacarle palabras, le pidieron que les dijera cuáles fueron tus planes para la fuga. El viejo se tiró en el patio de la casona y gritó: ¡No! Nadie quiso preguntarle nada más, ni acercársele, hasta que el capitán Manda le envenenó el aire y lo obligó a respirar. Tu abuelo finó sin decir palabra y se la cogieron conmigo. Primero me mandaron cuatro hombres largos para la noche entera, a los tres los aguante y el cuarto se me quedó encima muerto de miedo. El Manda vino a verme al amanecer, se paró en el centro del cuarto con sus bototas viejas y me habló: por favor Pan de los pobres, dime qué ha sido del esclavo que te di para la cuida. Se le notaba la venganza que tenía para lanzarte, el brillito de mala fe que le animaba la pupila. Yo, igual que el abuelo Arakén, le dije no y él cerró